

H. Karlsruher G.

El descubrimiento de la anestesia (1)



E los múltiples y grandes progresos que ha hecho el arte de curar, tanto la medicina como la cirugía, sin duda uno de los mayores lo constituye el descubrimiento de los anestésicos. Para nosotros estos agentes son hoy en día algo natural y de uso corriente, pero me atrevo a afirmar que la mayoría de Uds. jamás ha considerado a conciencia lo que ellos significan para la humanidad entera, y seguramente tampoco han pensado en que no siempre la humanidad dispuso de la anestesia. Una intervención quirúrgica cualquiera, una operación de apendicitis por ejemplo, o una amputación, es difícil de imaginar sin previa anestesia y sin embargo fueron muchos los miles de personas que tuvieron que someterse a esta clase de intervenciones conservando la plenitud de sus facultades. El extracto de un artículo aparecido en el *New York Herald* del 21 de julio de 1841, y que voy a leerles a continuación, describe precisamente una amputación en aquellos tiempos y nos evidenciará la gran diferencia que existe entre la cirugía de nuestros días y la de los tiempos en que los anestésicos eran aún desconocidos.

(1) Trabajo leído el 16 de octubre de 1946 en la Escuela Dental de la Universidad de Concepción.

Se trata de un caso de «tumor blanco» en la rodilla, posiblemente pues, de un proceso tuberculoso, el cual motivaba la amputación de la pierna en el tercio superior del muslo.

El paciente es un joven de 15 años de edad, de apariencia física débil, pálido, pero de espíritu resignado y decidido, y así como lo describo, lo encontramos tendido sobre la mesa de operaciones, rodeado de cirujanos y ayudantes. De pronto se inicia la intervención. Un cirujano precisa la arteria femoral, mantiene por algunos minutos la pierna en alto y aplica en seguida en el punto elegido el torniquete de compresión.

Al lado del muchacho, con un rostro atemorizado vemos a su padre quien para consolarlo le sujeta sus manos bañadas por la transpiración. Una copita de vino es el único medio que se le proporciona al paciente para reanimarlo. En seguida, y con gesto de decisión, ejecuta el operador su primera incisión. El joven estalla en gritos de espanto y de dolor y el manantial de sangre da al acto un aspecto de terror. Varios de los presentes, confundidos con los gritos del niño y aterrorizados abandonan la sala, mientras los ojos de su padre se humedecen de lágrimas.

Un asistente, con manos prolijas, pero algo nerviosas, trata de cohibir la hemorragia cubriendo la herida con una tela de lino blanco y húmedo, pero el dolor no disminuye y un llanto de desesperación cubre al otro. El cirujano vuelve a intervenir, ahora con una sierra, sobre cuyo brillante metal se fijan aterrorizados los ojos del muchacho. El hueso opone gran resistencia para desgracia del paciente, cuyos gritos aumentan hasta agotarlo y ya sólo percibimos los sollozos de la insufrible tortura que perduran hasta el agotamiento completo, poco después de haber finalizado la intervención.

* * *

Hoy en día, en estos tiempos de progreso científico, difícilmente nos podemos imaginar una de esas operaciones que se realizaban hace 100 años. Creo que sólo el dolor insufrible pue-

de ser testigo del inmenso valor de la anestesia, verdadera bendición que nos ha legado la investigación, sin la cual no hubiera sido posible el enorme progreso de la cirugía en los últimos 60 años.

* * *

Una de las mayores diferencias que existe entre el hombre primitivo y el civilizado es el progreso que éste ha alcanzado en el arte de curar y en la eliminación del dolor. Conjuntamente con el progreso de la civilización han progresado la medicina, la cirugía y la anestesia.

Desde los tiempos más remotos se conocen narcóticos, pues el dolor es el concomitante de la vida. Al hombre, al abrir sus ojos cuando llega a este mundo, se le escapa un grito de dolor causado por el flujo del aire hacia sus pulmones y un suspiro de dolor lo acompaña generalmente en el instante de su partida.

No es de extrañar pues, que desde tiempos inmemoriales se hayan esforzado las mentes más nobles por aliviar el dolor y el sufrimiento de la humanidad, según nos demuestra la historia del hombre, en la que ya con las primeras anotaciones encontramos indicaciones en este sentido.

En el segundo capítulo de la Génesis podemos leer que «Dios sumió a Adán en un profundo sueño, sacó luego una de sus costillas y de ella hizo la compañera del hombre». Evidentemente el autor imaginó que Dios quiso evitar el dolor a Adán y decidió en consecuencia que la operación debía realizarla bajo un profundo sueño, estado que, según propia experiencia, era el medio más accesible a la insensibilidad. Este relato sugiere al mismo tiempo la expresión inconsciente de un deseo: la eliminación del dolor gracias a un sueño sano y profundo. Sólo Dios pudo realizar tal milagro y a través de miles de años esta aspiración permaneció sin poder alcanzarse, ya que no fué hasta mediados del siglo XIX cuando fué posible producir el estado de anestesia,

un sueño tan profundo que la extracción de un diente o de una costilla no causara sufrimiento al paciente. (Pero no olvidemos que ni aún hoy, en estos días en que a la medicina le es posible hacer verdaderos milagros, contamos con un anestésico ideal).

Homero es el primero que menciona una substancia con efectos narcotizantes, el «Nepenthe» y en su Odisea podemos leer que Helena de Troya ingiere disuelta en vino cierta droga útil para adormecer todo dolor y rabia y traer olvido para cualquier pena». ¿Qué droga es ésta? ¿Mandrágora? ¿Opio? No lo sabemos».

500 años después encontramos en los relatos de Heródoto, el gran historiador griego, que los escitas acostumbraban a inhalar el humo producido por la combustión de cierta variedad de cáñamo, obteniendo así un estado de excitación mental seguido de sueño.

Y al exclamar Jesús, clavado en la cruz «tengo sed» y un soldado le alcanza un vaso, ¿estamos seguros de que contiene vinagre? ¿No es posible que haya sido la «poción de los condenados»? una infusión de varias drogas que desde muy antiguo se venía usando por los chinos y judíos y que tiene la propiedad de amortiguar los sufrimientos.

Gracias a los legados de Dioscórides, el famoso médico griego del siglo I de Cristo, sabemos que las raíces de la «atropa mandrágora» hervidas en vino calman los dolores, y esto lo encontramos confirmado en las observaciones de Plinio, historiador romano.

Una referencia que encontramos en un manuscrito clínico del siglo III nos induce a suponer que se intentó usar un anestésico en intervenciones quirúrgicas y Hoa-Tho, médico chino de la misma época, utilizaba para insensibilizar a sus pacientes una preparación de cáñamo.

Y sigue la historia dándonos ejemplos de ensayos y aplicaciones con fines anestésicos que serían demasiados para enumerarlos en esta ocasión. Sólo deseo mencionar aquí que fué Teodorico el primero que ensayó la anestesia general por inhalación y que

«Hugo de Lucca, en el siglo XIII prepara un aceite soporífero a base de opio, cicuta, mora verde, hiosciano, hojas de mandrágora, hojas de hiedra silvestre y semillas de lechuga». En este mismo siglo, también el obispo Teodoro de Cervia emplea un preparado a base de opio, y en 1360, Chauliac menciona inhalaciones narcotizantes en casos de operaciones dolorosas. Posteriormente, en 1589, comienza Giambattista Porta, cirujano de Nápoles, a usar un método propio de anestesia general por inhalación, siempre a base de las drogas soporíferas más conocidas entre ellas solanum, amapola y belladona.

Pero el descubrimiento y demostración final de la anestesia por inhalación como parte integral de la práctica quirúrgica fueron el resultado inevitable de las investigaciones científicas y el capricho de las circunstancias. Los estudios químicos y fisiológicos de la respiración hechos en los siglos XVII y XVIII prepararon el camino para el descubrimiento del oxígeno por Joseph Priestley en 1774 y para la elucidación de los procesos naturales de la respiración por Lavoisier en 1774-1785. En la inhalación terapéutica de gases se usaron el bióxido de carbono, el oxígeno y el hidrógeno, y también el éter sulfúrico, que ya Valerius Cordus, en 1540 había sugerido que se tomara en gotas para aliviar los ataques de tos, y cuyo descubrimiento se atribuye al químico árabe Yeber que vivió a principios del siglo XII. Thomas Beddoes, profesor de química de la Universidad de Oxford, en colaboración con el círculo de amigos de Priestley, en Clifton, Bristol, fundó en 1794 la Pneumatic Institution para el estudio sistemático de la medicina neumática. James Watt, el ingeniero e inventor de la máquina a vapor, se encargó de idear y construir los aparatos generadores e inhaladores de gases. En 1798 Beddoes estaba buscando un superintendente para la Pneumatic Institution, y en sus vacaciones de verano un amigo le presentó, en Penzan al cirujano ayudante de 18 años de edad Humphry Davy, —más tarde Sir Humphry Davy—, cuyas investigaciones químicas lo habían hecho ya notable.

Una vez instalado en Clifton, Davy completó sus investigaciones sobre los efectos fisiológicos del óxido nitroso y, en el curso de muchas inhalaciones de este gas diluido con aire, Davy experimentó los efectos analgésicos tanto en el dolor de cabeza como en el de muelas. Esto le hizo decir que «como los efectos del óxido nitroso parece que destruyen el dolor físico, quizás podría usarse con ventaja en las operaciones quirúrgicas». Nada más se hizo entonces para lograr interesar a los médicos, y en 1818 alguien indicó que el éter podría producir efectos semejantes a los del óxido nitroso, pero estas dos sustancias siguieron usándose sólo para fines de entretenimiento y nada más. (Ether-frolics).

«En el pequeño pueblo de Ludlow, del condado de Shropshire (Inglaterra) ejerce su profesión desde 1820 Henry Hill Hickman, médico joven e inteligente que desde los 20 años de edad es miembro del Colegio Real de Cirujanos. Es un hombre bueno, sensible a los dolores ajenos, sintiéndose así el mismo mortificado por los horribles sufrimientos que provoca a aquellos enfermos que debe operar. Comienza entonces una serie de experiencias en animales pequeños que le lleven a obtener algún método anestésico para la supresión del dolor en sus futuros operados. Los experimentos consisten en provocar estados de semi-asfixia mediante la supresión del aire atmosférico, acentuando el estado de inconsciencia que ello produce mediante el agregado de anhídrido carbónico y protóxido de azoe».

«Durante 8 años Hickman lleva a cabo con toda paciencia numerosos experimentos, obteniendo buenos resultados. Al fin, alentado por el éxito de sus ensayos en animales y convencido de la utilidad que ha de tener para la cirugía el empleo de un método anestésico, decide aplicar al hombre los beneficios de sus experiencias. Y aquí comienzan sus amarguras. En ninguna parte se le da crédito; con fe de visionario explica ante muchas sociedades científicas sus conocimientos experimentalmente adquiridos; no pide la adopción inmediata de su método; sólo quiere ensayarlo en el hombre. Pero no consigue su objetivo; su fervor

de hombre de ciencia es vencido por el escepticismo y la ignorancia de sus colegas; su método anestésico es calificado a priori como peligroso e inútil, sin siquiera permitirle una demostración experimental al respecto. «Nadie es profeta en su tierra»; así debió pensar Hickman, que desesperanzado ya de hacerse comprender en su patria, atraviesa el Canal de la Mancha, buscando otros horizontes».

Pero en París, a pesar de un memorial que dirige al rey Carlos X y el informe de Monsieur Girardin, no tiene mejor suerte que en su patria y «amargado, oprimido por la incomprensión humana, totalmente desalentado, Henry Hill Hickman regresa a Inglaterra. Tiene recién 29 años de edad. Es muy joven todavía y le queda mucha vida por delante; pero ha sacrificado su carrera y mejores años de su juventud en la búsqueda de un método anestésico; se siente recompensado por el éxito de sus ensayos, éxito que no le quieren reconocer; sabe que ha conseguido su objetivo, pero no le dan una chance para demostrarlo públicamente. Así no vale la pena vivir. Hickman pone fin a su vida con su propia mano».

Y con este suicidio comienza la tragedia que acompaña al descubrimiento de los anestésicos propiamente tales.

* * *

El término «anestesia» fué creado en el año 1846, hace pues exactamente 100 años. Se compone de las voces griegas «an», sin, y «aisthetos», sensación, y fué propuesto por el Dr. Oliver Wendell Holmes en una carta que dirigió al Dr. Morton en medio de una amarga controversia que se había suscitado entre cuatro hombres de ciencia por el honor del descubridor de la anestesia. La parte pertinente de dicha carta decía: «Cada uno cree ser acreedor al alto honor, pero no es el objeto de estas líneas emitir mi opinión al respecto o fallar; sólo he deseado darle una idea para el nombre que se pudiera dar al estado que pro-

duce la inhalación del éter. A mi juicio el término «anestesia» sería una buena denominación».

Pero volvamos a la historia misma.

En agosto de 1840, el Dr. Horace Wells, un dentista que en esa época ejercía en Boston, extrajo un molar de la mandíbula del estudiante de medicina L. P. Brocket. La operación resultó extremadamente difícil y dolorosa; las raíces hubo que extraerlas separadamente y ante el sufrimiento de su paciente, Wells exclamó: Debe haber algún medio para aliviar tales dolores. Y esta idea ya no lo abandonó; a igual que aquellas notables mentes desde los albores de la civilización empezó a buscar algún medio que permitiera eliminar, o por lo menos mitigar el dolor que acompaña a casi todas las intervenciones quirúrgicas.

Un incidente ocurrido 4 años más tarde en la vida del Dr. Wells fué la clave para la realización de su aspiración.

Fué el 10 de diciembre de 1844, en Hartford, Connecticut, donde atendía una conferencia sobre las propiedades del protóxido de ázoe que dictaba en esa ocasión el profesor G. O. Colton. Al finalizar su exposición, y con el fin de que ellos mismos experimentaran su efecto, invitó el Dr. Colton a inhalar este gas, conocido también con el nombre de «gas hilarante», a varios de los que le escuchaban. Entre los voluntarios que para este experimento se presentaron, se encontraba también el propio Wells, pero no fué el efecto que sobre su organismo hiciera el protóxido de nitrógeno lo que llamó tanto la atención a este dentista, como una pequeña observación que en aquella oportunidad hiciera. Uno de los voluntarios, Cocley, joven amigo de Wells, bajo la influencia del gas hilarante, en vez de reír, bailar o cantar, golpeó sus piernas contra la silla en que estaba sentado hasta producirles heridas y al interrogarlo posteriormente Wells, el afectado ni siquiera se había dado cuenta de que sus piernas estaban sangrando. Este incidente impresionó profundamente al Dr. Wells, quien inmediatamente dedujo en forma muy lógica,

que este gas podría usarse para mitigar el dolor que sus pacientes debían soportar cada vez que se sometían a una extracción.

Concebida esta idea, Wells demasiado intranquilo, no pudo regresar a casa, sino que inmediatamente fué a discutirla con su amigo y colega el Dr. Riggs, que también ejercía en Hartford. (Durante mucho tiempo la paradentosis fué denominada en EE. UU. de N. A. «Enfermedad de Riggs», en contribución a los grandes esfuerzos de este dentista en este campo).

Al principio Riggs no se mostró muy entusiasmado, pero después de que Wells consiguió del Profesor Gardener O. Colton que le administrara la anestesia con protóxido de ázoe, Riggs consintió en colaborar en el experimento.

La operación se efectuó en la oficina de Wells en las primeras horas de la tarde del 11 de diciembre de 1944. Colton administró el anestésico y Riggs extrajo un gran molar perfectamente sano del maxilar superior de Wells, quien permaneció completamente tranquilo durante la intervención, no evidenciando indicio alguno de dolor. Quedó inconsciente por algunos minutos y al despertar exclamó: «Una nueva era comienza para la cirugía dentaria. No sentí más dolor que el que causa un pinchazo de aguja. Creo que Uds. han presenciado uno de los mayores descubrimientos que hasta la fecha se han hecho».

Y Wells no exageró. Efectivamente hizo un gran descubrimiento que ha permitido a cirujanos efectuar verdaderos milagros salvando vidas que ni aún los visionarios más optimistas jamás hubieran creído posible.

De esta manera, gracias al afán y al instinto inquieto de este dentista, fué descubierta la anestesia el 11 de diciembre de 1844.

Quizás algún día, cuando la humanidad sea más inteligente de lo que es hoy, y los asesinatos en masa hayan cesado, demostrando así el sentido de la superioridad del hombre, se celebre en todo el mundo el 11 de diciembre como un día de fiesta, con-

memorando la realización de un sueño antiquísimo: la victoria del hombre por sobre el dolor.

* * *

El protóxido de nitrógeno, a pesar de haber sido desacreditado en un principio, como veremos luego, probó ser más tarde una verdadera bendición para la humanidad que además estimuló otras investigaciones que condujeron al descubrimiento de nuevos anestésicos.

La historia de este dentista, Horace Wells, y las luchas que se desencadenaron luego, son extremadamente patéticas. Más o menos un mes más tarde, Wells se trasladó a Boston donde se le había brindado una oportunidad para dar a conocer su descubrimiento en el Hospital General de Massachusetts. Después de dirigir algunas palabras al auditorio, administró protóxido de ázoe a un niño y le extrajo un diente. Pero el grito de dolor que escapó al paciente evidenció que la demostración había fracasado y al Dr. Wells se le culpó en esa ocasión de farsante y charlatán.

Profundamente deprimido regresó el Dr. Wells a Hartford. Su fe en el protóxido de nitrógeno, empero, no había mermado y continuó administrándolo a sus pacientes. Pero ni sus colegas como tampoco los médicos lo entusiasmaron para que siguiera con sus experimentos y le negaron además todo apoyo moral.

Sin duda alguna, el hecho de que Wells era un simple dentista de pueblo de campo, contribuyó a sumir casi al olvido su descubrimiento y a retardar por tantos años el empleo del protóxido de ázoe como anestésico.

Pero el desgraciado incidente en el Hospital General de Massachusetts había dejado sus huellas en Wells. Su salud se resintió poco después y Wells decidió hacer un viaje a Europa en busca de mejoría. Estando en París, a insistencia de algunos miembros de la Academia de Ciencias Francesa, accedió, empero sin entusiasmo y muy desgano, a dar una demostración de su

descubrimiento, resultando ésta mucho más afortunada de lo que él había esperado.

Si esto pudo haberle significado una pequeña esperanza, muy luego quedaría disipada otra vez, pues de regreso en su patria, pudo comprobar que el fracaso de Boston seguía siendo una mancha negra en su reputación. Había algunos que seguían sosteniendo que el protóxido de azoe no tenía mérito alguno y que como anestésico carecía de todo valor.

* * *

Entre tanto surgieron otros aspirantes al honor del descubrimiento de la anestesia. Entre ellos figura en primer lugar el Dr. William Thomas Green Morton, el descubridor del éter como anestésico general. Fué uno de los primeros que se graduaron en la Escuela Dental de Baltimore donde conoció también a Wells, con quien, luego después de obtener su título, formó una sociedad que abrió su oficina en Boston. De esta suerte le fué posible seguir de cerca el trabajo de Wells con el protóxido de nitrógeno, a quien asistió también en la desafortunada demostración pública en el Hospital General de Massachusetts. Conjuntamente con otros, Morton estaba convencido de que el gas hilarante no poseía valor como anestésico y de ahí que dedicara su atención a otros medios y métodos, incluso al hipnotismo.

Junto con el Dr. Jackson, un médico y químico que tenía su oficina en el mismo edificio, y con el cual ya en su vida de estudiante había mantenido relaciones amistosas, Morton ensayó un sinnúmero de sustancias y finalmente, en septiembre de 1846, los vapores del éter sulfúrico como anestésico en una extracción que hiciera a su paciente Eben Frost. La intervención resultó ser un verdadero éxito y Morton decide dar a conocer su gran descubrimiento al mundo entero, para lo cual, pocos días después se le brinda una oportunidad en el Hospital ya citado.

El Dr. John C. Warren, un prominente cirujano de aquellos días, auspiciaba esta demostración y él mismo iba a efectuar la intervención quirúrgica.

Fué en un día como hoy, un 16 de octubre hace exactamente 100 años.

Todos los médicos y cirujanos se presentaron en tenida de etiqueta, como lo exigía la costumbre de aquel entonces, para presenciar escépticos la demostración de un segundo dentista que decía haber descubierto un nuevo método para evitar los sufrimientos que siempre acompañaban las operaciones.

Se trataba de la extirpación de un tumor del cuello. Morton, que había tenido ciertas dificultades con su inhalador se atrasó algo y ya se iba a iniciar la intervención sin anestesia, cuando logró llegar a las 10.30 horas de la mañana al hospital. Sin perder tiempo administró su éter: el paciente gradualmente perdió el conocimiento y cayó luego en un profundo sueño. No hubo grito alguno cuando Warren hizo su primera incisión, ningún movimiento del paciente durante la operación. Los expectadores, cuya tensión había aumentado al máximo, creyeron presenciar una obra de la magia negra.

Al terminar su intervención, Warren rompió el profundo silencio que reinaba en la sala diciendo: «Gentlemen, Uds. han sido testigos de un verdadero milagro; esto no ha sido engaño». Y su colega y asociado, el Dr. Bigelow, agregó: «Hoy he visto algo que dará la vuelta al mundo».

Varias otras intervenciones quirúrgicas se efectuaron en los próximos días empleándose el éter sulfúrico como anestésico y después de ejecutar el Dr. Warren, el 7 de noviembre de 1846, con todo éxito una amputación en forma indolora, el nuevo descubrimiento se extendió rápidamente por todo el mundo civilizado y el éter fué adoptado universalmente como anestésico, tanto por médicos como por dentistas.

* * *

Pero nada en la historia de los hombres se desenvuelve sin dificultad o contienda, ni siquiera la noble tarea de aliviar el sufrimiento.

Y así fué como muy pronto surge un nuevo aspirante al mérito del descubrimiento de la anestesia. Es el Dr. Charles T. Jackson, aquel amigo de Morton que le había recomendado el empleo del éter. En un panfleto que lanzó a la publicidad sostenía que ya en el año 1837 había empleado él el éter con el fin de conseguir alivio en una irritación bronquial y percibido las propiedades anestésicas de dichos vapores. Llamaba además la atención sobre el hecho, de que había sido él quien ayudó a Wells en la elaboración del protóxido de ázoe.

Una amarga controversia se inició entre Wells, Morton y Jackson, resultando en su desarrollo que ya antes del descubrimiento de Morton, había recomendado el médico Dr. C. Marcey a Wells el empleo del éter sulfúrico, pero que por considerarlo más peligroso que su gas hilarante, Wells no lo había seguido ensayando. No olvidemos, empero, que Wells miraba estos anestésicos con los ojos de un odontólogo y no con los de un médico cirujano.

La lucha entre Jackson y Morton cesó por algún tiempo, pero sólo para revivir luego con mayor violencia. Ambos llegaron a un acuerdo y conjuntamente obtuvieron una patente sobre éter sulfúrico enmascarado con esencias volátiles, que denominaron «Letheon» y empezaron a vender los derechos de su administración a dentistas y cirujanos.

Pero muy pronto, temiendo la crítica por parte de sus colegas, por su conducta poco ética, Jackson puso término a la sociedad con Morton, y con ello quedó renovada la contienda. Cada cual luchó defendiendo sus intereses y su prioridad, y Jackson llegó al extremo de exigir de Morton las utilidades que obtuviera de la venta del Letheon.

Bajo estas condiciones no podía otorgarse un generoso premio en dinero efectivo que tanto el gobierno de los E. E. UU. como el de Inglaterra había ofrecido al descubridor de la anestesia.

En 1849, cuando la contienda estaba en su apogeo, se presentó un cuarto aspirante al honor del descubrimiento. Fué el Dr. Crawford W. Long, un médico de Georgia, quien sostenía haber realizado ya en 1842 una operación con anestesia etérea pero que hasta la fecha no había querido hacer valer su derecho y aún ahí sólo se limitó a la siguiente comunicación: «Dejo al criterio del honorable cuerpo de médicos la decisión si soy o no acreedor al mérito del descubridor de la anestesia. Con la determinación que se llegue a tomar, me daré por contento».

* * *

Un año después del descubrimiento del éter como anestésico, demostró con éxito un cirujano británico, Sir James Y. Simpson, de Edimburgo, las propiedades narcóticas del triclorometano. Este nuevo descubrimiento se difundió rápidamente por toda Europa y el cloroformo desplazó por muchos años al éter en la anestesia.

* * *

Horacio Wells murió el 24 de enero de 1848 en New York, a la edad de 33 años. Las múltiples decepciones que sufriera, las amargas y tan poco éticas controversias, como también su ininterrumpida labor en la búsqueda de anestésicos, parecen haber desequilibrado su mente, pues él mismo puso fin a sus días, abriéndose las venas mientras tomaba un baño.

Pocos días después llega de París una carta para él. La Academia de Ciencias Francesa había decidido con fecha 12 de enero de 1848 otorgarle el título de Dr. en medicina y elegido miembro

honorario, en atención a que había sido él, el primero que había descubierto y aplicado gases con lo que la operación quirúrgica podía efectuarse sin dolor.

¡Pobre y desdichado Wells! Murió con su cuerpo, alma y mente destrozados. Dejó su fortuna, más de US\$ 100,000.00, a unos parientes lejanos, hecho que de por sí solo, dice suficiente del espíritu de Wells, pues los beneficiados fueron los mismos parientes que, cuando él debió afrontar grandes dificultades económicas, le habían negado toda ayuda.

Es patético y profundamente conmovedor, que a los tres hombres a quienes la humanidad entera debe tanta gratitud, no hayan recibido en vida premio o reconocimiento alguno por sus servicios y descubrimientos.

* * *

Después de la muerte de Wells la contienda entre Morton y Jackson no sólo siguió hasta el final de sus vidas, sino que fué continuada por sus familiares y amigos.

* * *

Una mañana del verano de 1868, un policía halló a Morton tendido inconsciente en los jardines del Central Park de Nueva York, y mientras era conducido en la ambulancia, moría antes de llegar al hospital. Su amigo Jacobo Bigelow hizo grabar en la lápida sobre su tumba las siguientes palabras:

«William T. G. Morton, inventor y revelador de la anestesia por inhalación; por él, el dolor en la Cirugía ha sido alejado y anulado; antes de él, en todo tiempo, la Ciencia era una agonía; después de él, la Ciencia tiene el control del dolor».

5 años más tarde moría Jackson en un asilo de alienados en Somerville, Massachusetts. Long, el último de los 4 hombres relacionados con el gran descubrimiento, yacía inválido con parálisis general y murió poco tiempo después, en el año 1878.

En realidad es extraño, que todos estos hombres hubieron de terminar sus vidas en forma tan trágica. Pero en la historia de la humanidad, todos aquellos que han contribuido en hacer y dar el bien al hombre, han sufrido análogo destino. Ya la mitología griega nos relata el celo de los Dioses y como castigaron a Prometeo por haber robado el fuego de los cielos y habérselo dado a los hombres.

* * *

7 años después de la muerte de Long, en 1885, demostró el Dr. Leonardo Corning que la vía aferente podía ser bloqueada si sobre ella se hacía actuar, en cualquier punto entre la periferia y el cerebro una solución anestésica y fué con ello el primero en emplear la anestesia raquídea.

Análogamente, también en el año 1885, inyectó el Dr. William Stewart Halsted, de la Universidad John Hopkins, una solución de cocaína al 4% al canal mandibular, consiguiendo con ello, la insensibilidad de la región inervada por el dentario inferior.

* * *

Desde los días de Wells hasta los presentes mucho se ha hecho y logrado en el campo de la anestesia. Nuevos y mejores anestésicos han sido descubiertos y preparados y el arte de la anestesia ha llegado a constituir una especialidad de las ciencias médicas.

Pero no olvidemos jamás que la deuda de gratitud contraída con aquellos grandes y desafortunados precursores es imposible

de pagar. Recordemos que fué Horace Wells, quien el 11 de diciembre de 1844 logró la primera extracción indolora con su protóxido de nitrógeno, y, que fué en un día como hoy, en un 16 de octubre, hace exactamente 100 años, que William Thomas Green Morton, aplicando el éter sulfúrico como anestésico, hizo una demostración pública de la posibilidad de separar el dolor de la cirugía, de alejarlo de la sala de operaciones.

No olvidemos jamás, que estos dos hombres en especial, y varios otros, como Jackson y Long, verdaderos héroes hoy casi ignorados, nos han legado una herencia noble y magnífica, herencia que en el mundo entero ha contribuído al bienestar y a la felicidad del hombre.

No es más que justo, y es un deber nuestro honrar la memoria de aquellos grandes hombres, no sólo en esta ocasión, en que conmemoramos el primer centenario de un gran descubrimiento, sino siempre. Y la honraremos, si cada vez que nos toque actuar, nos dejemos guiar ante todo por el deseo y el imperativo de evitar, hasta donde nos sea posible, el dolor y el sufrimiento ajeno.

Los Maitenes, septiembre de 1946.